

El fin del paraíso

Autor: Robert.V.Tepesh

Categoría: Drama

Publicado el: 28/05/2015

Aquella tarde, llegué del colegio, con una sonrisa nerviosa a casa, tenía no sé por qué la estúpida esperanza que me seguías esperando un día más, sabía que tu tiempo entre nosotros era limitado, no te quedaba mucho tiempo ni querías seguir luchando, sin embargo pensé, de nuevo, que si aparecía dándote una sorpresa, volverías a sonreír, volverías a tener las fuerzas suficientes para volver a respirar, pero por lo visto no fue suficiente, no fue absolutamente nada.

Piqué y me abrieron entre llantos, diciéndome que te habías ido, que te habías marchado, sin equipaje y sin despedirte, esas palabras retumbaron en mi interior como la cercana tormenta que está por caer sobre uno, sin embargo engañándome y engañándolos pregunté: -¿A dónde ha ido? ¿Por qué?, no hubo respuesta, me cogieron bruscamente de la mano y bajamos a la calle a toda prisa, yo tiraba en contra haciendo la misma pregunta estúpida: -¿Pero dónde ha ido?, pero yo solo veía lágrimas brotar sin cesar alguno.

Subimos la calle, a marchas forzadas, llegamos a ese maldito portal en el cual picamos no hubo preguntas, nos abrieron directamente y llegamos al tercer piso, la puerta estaba abierta y nadie nos recibió, la persona que me venía arrastrando, de repente soltó mi mano y cruzó el pasillo para meterse en la habitación del fondo y cerrar la puerta de un golpe sonoro tras sus pasos, me quedé en la puerta dubitativo, pensando en qué debía hacer, sabía que habíamos venido a despedirnos pero no quise admitirlo. Mi cerebro era una olla de agua hirviendo en ebullición y sin ser consciente de mis actos, entré.

La estancia se sumió en la oscuridad, en la más gelida de las oscuridades que un corazón inocente e ignorante pueda soportar, camine por ese pasillo lleno de personas conocidas y extrañas, todas vestidas de negro, mirándome con la más profunda de las tristezas, me abrazaban, me besaban, se compadecían de mí, me brindaban palabras de aliento, me acompañaban en un sentimiento del cual yo desconocía su significado. Sabía lo que estaba pasando perfectamente mientras mi alma, mi cerebro y mi corazón jugaban a las mentiras.

Una vez hubi acabado de recorrer aquel maldito pasillo atestado de almas sumidas en el luto y en la pena, arribé al comedor, todos hablaban entre susurros y bocas cerradas, al llegar todos se

giraron hacia mi, vi a mi abuelo, sentado en posición fetal con las manos cubriéndose la cabeza, mojada su ropa por las lágrimas, los puños cerrados por la rabia y mi tío intentando consolarlo inútilmente, quise acercarme pero me cortó el paso mi padre haciéndome negativas con la cabeza, sus ojos se clavaron en mí y me dijo: -Todo ha terminado, nos ha dejado, por fin descansa en paz.

Mi raciocinio no daba crédito a lo que estaba escuchando, mis ojos se abrieron como los ojos de un gato en la noche cuando lo alumbran los faros de un coche, mi boca y mi cuerpo temblaban como si hubiese estado sumergido en el hielo de la tundra siberiana durante horas, pues sentía el mismo frío, mis puños se cerraron de tal forma y con tanta fuerza que me sangraban las manos, agache la cabeza, no quería ver ni oír nada, no quería creerlo, habían devastado mi ser, me habían despedazado como crueles bestias inhumanas, ahora lo entendía todo, ahora entendía todo ese circo funebre, ahora entendía que hacía tanta gente ahí, caí de las nubes estrellándome en el suelo, en el duro suelo, sin un miserable colchón que amortiguara la fatal caída y ahí me quedé, tendido, sin consciencia y con los ojos abiertos mirando a ese cruel cielo el cual ya no era azul intenso si no de un gris sucio y comenzó a llover, primero tenuemente, después cayó un temporal sin parangón y yo bañado en esa agua infecta.

Al día siguiente, me vi envuelto en un traje completamente negro frente a ti, dentro de una urna de cristal pálida como el mármol, con los ojos cerrados y yo pidiéndote que los abrieras una vez más para al menos decirte adiós, pero seguiste impermutable, sin siquiera mover un músculo, la gente murmuraba, hablaba, posaban sus manos sobre mis hombros, pero yo seguí ahí de pie inerte observando como realmente te ibas, no era una maldita ensoñación, no. El maldito reloj hacía su trabajo, hora a hora, minuto a minuto, segundo a segundo, hasta que llegó el momento en el que se abrió ese horno gigantesco y las llamas esperaban dispuestas con los brazos abiertos para darte todo su calor, no hubo marcha atrás, tan solo te llevaste un cálido beso en tu gelida frente, ese beso eterno que quedó sellado en tu tez mortecina y yo, yo me lleve todo tu dolor y tu sufrimiento, me lo lleve conmigo hasta el día de hoy, que no es si no un día más sin ti.

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [Robert.V.Tepesh](#)

Más relatos de la categoría: [Drama](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)